

Presentación

En 1986, en el marco de una serie de esfuerzos por establecer mayores vínculos entre el Centro de Estudios Latinoamericanos y la intelectualidad mexicana y latinoamericana, tuvo inicio la publicación de esta revista. Con este número, ella ingresa a una nueva época.

Ese cambio de fase tiene que ver tanto con lo que refiere a su presentación y formato, como a su dirección y a la composición de su consejo editorial. Pero se debe también a la conciencia que tenemos de que el proceso histórico de la región ha ingresado en una nueva fase.

Cuando *Estudios Latinoamericanos* empezó a publicarse, América Latina se encontraba aún inmersa en la llamada *década perdida*. La reestructuración de la economía internacional y la centralización que ella implicaba en favor de los grandes centros económicos no se manifestaban tan sólo mediante la marginación de América Latina en el plano comercial, financiero y tecnológico: ello le significaba también la obligación de contribuir a esa centralización mediante cuantiosas transferencias de valor, efectuadas a través del pago de intereses, regalías y utilidades, así como de la reducción del precio de sus productos de exportación. Arrastrada por eso al estancamiento, el desempleo y la inflación, la región se veía incapaz de resistir a las presiones en favor de la aplicación de las políticas neoliberales y era forzada a tomar como paradigma el patrón económico implantado en Chile por Pinochet.

La situación prevaleciente en el plano mundial se mantenía bajo el signo del conflicto Este-Oeste. El ciclo de las dictaduras militares no tocaba aún fondo, lo que sólo pasaría con las elecciones chilenas de 1989. Regímenes como el de José Sarney (1985-1990), en Brasil, conformado a partir de elecciones restringidas y aún fuertemente supeditado a las Fuerzas Armadas, no representaban sino una posibilidad de arribar al restablecimiento pleno de la democracia. En Centroamérica y el Caribe, seguía vigente la estrategia norteamericana de la guerra de baja intensidad y, junto a las presiones ejercidas sobre Cuba y Nicaragua, se producían hechos como los de Granada y Panamá.

Distinto es el panorama que nos presenta 1994. El derrumbe del socialismo europeo, la derrota electoral del sandinismo, la agresión de las grandes potencias a Irak y la nueva fase recesiva a que ingresó la mayoría de las economías capitalistas desarrolladas configuran una coyuntura internacional atravesada por tendencias, ya favorables, ya desfavorables a América Latina. Es así como la creciente coordinación de los intereses estratégicos y de las políticas militares de los centros metropolitanos ha perfilado la amenaza de una

coerción susceptible de ejercerse sobre los países dependientes, sobre todo bajo la cobertura de la Organización de las Naciones Unidas, la cual sigue bajo la hegemonía de un grupo minoritario de naciones.

Sin embargo, la perspectiva de que la ONU venga a reestructurarse, si por un lado, atiende en una amplia medida las aspiraciones de potencias como Alemania y Japón, también abre a nuestros países la oportunidad de afirmar allí sus intereses y de luchar por ellos. Tanto más que la aguda competencia que acompaña a la recesión capitalista resquebraja hasta cierto punto la comunidad de propósitos de las grandes potencias y abre brechas para el juego político de América Latina y demás regiones del Tercer Mundo.

En el plano económico, las políticas neoliberales que se han adoptado —al mismo tiempo que transfieren a la empresa privada un patrimonio construido con el esfuerzo de nuestros pueblos, por lo general en forma lesiva al interés público— han desequilibrado la balanza comercial y llevado al despilfarro de divisas de por sí escasas. Paralelamente, presionan en el sentido de una reconversión productiva que privilegia la expansión de nuestra capacidad exportadora, en detrimento de la atención a las necesidades del pueblo que se expresan en el mercado interno. Sin embargo, los sacrificios que ello implica y los riesgos que comporta —evidentes en Chile, donde el proceso es más antiguo y ha resultado en una economía de corte primario exportador, similar a las que teníamos en el siglo XIX— suscitan ya preocupaciones y reacciones.

Estas se hacen aún más agudas cuando se observa que los problemas que plantean la modernización y la apertura comercial se solucionarían, en la óptica neoliberal, principalmente a través de la inversión foránea. Efectivamente, el capital extranjero ha vuelto a fluir hacia la región, ya sea como efecto de la recesión en los grandes centros, ya sea aprovechando las facilidades que ofrece la reconversión económica latinoamericana. Sin embargo, los capitales que nos llegan se vuelcan, en gran medida, a la especulación financiera y se muestran incapaces de contribuir al desarrollo de nuestras fuerzas productivas. Aquellos que, en menor medida, se dirigen a la producción lo hacen exclusivamente en función de la estrategia de dominación que adoptan las corporaciones multinacionales.

Por ello, y por las condiciones devastadoras que las políticas llamadas de ajuste han tenido en las condiciones de reproducción de las masas trabajadoras, se han suscitado formidables movimientos de protesta, que se profundizaron allí donde se han combinado con la lucha contra la corrupción de los gobernantes y la élite dirigente. Ello ha traído a la escena política latinoamericana un fenómeno nuevo, que consiste en la capacidad ciudadana de actuar desde abajo presionando al Estado e imponerle cambios mediante acciones políticas y, más recientemente, militares.

Es así como en Brasil y en Venezuela los años noventa vieron desplegarse amplias movilizaciones populares que presentan más de un punto de contacto con lo que pasó en Guatemala y puede llegar a suceder en Haití. Se trata de un fenómeno de indudable importancia, aún más si consideramos que, a excepción de Perú, los intentos por realizar cambios políticos desde arriba y en desmedro del orden constitucional han resultado en estruendosos fracasos. Al cierre de esta edición, los acontecimientos de Chiapas ponían de nuevo sobre la mesa el papel de las formas de lucha armada en los modernos procesos políticos, contrariando a quienes apostaban por la domesticación y el desarme de la izquierda.

Lo que se plantea así, en América Latina, es una situación en la que las masas manifiestan su vocación democrática y, al mismo tiempo, hacen gala de su disposición a utilizar la democracia en la lucha por sus intereses, en un desdoblamiento de los grandes movimientos cívicos que se desplegaron en la región en los últimos veinte años. Su resultado es aún incierto, pero permite atisbar ya algunos hechos interesantes.

En efecto, si es aún temprano para prever el rumbo venezolano tras el reciente cambio gubernamental, Brasil muestra algo que los medios de comunicación y las agencias financieras internacionales se cuidan de comentar: la caída de Collor de Mello y el abandono de su rígida política neoliberal propiciaron, a lo largo de 1993, una apreciable recuperación económica. Esa recuperación, independientemente del dinamismo del comercio exterior brasileño, que dió al país el tercer saldo comercial en el mundo, tuvo como eje la expansión del mercado interno, motivada por niveles superiores de producción y consumo, así como de empleo y salario. Paralelamente, el pueblo brasileño extiende su acción moralizadora al poder legislativo y judicial, al mismo tiempo que comienza a cuestionar la verdadera privatización a que ha sido sometida la cosa pública por parte de empresarios inescrupulosos.

Tales son algunos de los hechos más significativos del actual momento latinoamericano, que lo diferencian respecto al que existía cuando fue creada la revista *Estudios Latinoamericanos* y cuya evolución nos interesa acompañar. En esa labor, coherentes con la tradición de investigación del CELA, es nuestra intención privilegiar la publicación de textos que aborden el análisis de la problemática regional en función de los intereses de nuestros pueblos. Paralelamente, nos esforzaremos en proporcionar a nuestros lectores, mediante hemerografías, reseñas y documentos, elementos útiles para la reflexión sobre la realidad latinoamericana y su nueva y sorprendente evolución.

Ruy Mauro Marini